

Las sombras de la muerte no se habian atrevido á descomponer aquella fisonomía angelical.

—Ahora sí ha dejado de existir, murmuró la condesa.

El capitán se volvió al escuchar una observación tan extraña.

—Sí, don Félix, esta jóven fué sepultada en Madrid.

—Explicaos por Dios, señora.

—Algo alcanzáis de esta historia, Amparo fué perseguida por la reina, que sospechó de su esposo y ----

—Lo sé todo; pero ----

—Aquella muerte fué ficticia; Amparo llegó á las Indias de incógnito, y al verse amenazada por Branciforte, que era dueño de este secreto por una indiscreción del inquisidor Clavijero, cedió á los amores del virey, quien la ha abandonado.

—Miserable!

—Oís llorar á un niño en el próximo aposento?

—Sí.

—Pues ese niño hace dos horas que ha nacido y esta desgraciada ha muerto al darle á luz.

—Esto es espantoso!

—Pues bien, el virey cree que su magestad puede llegar á saber su infame conducta; es necesario alarmarle mas y mas, ocultarle esta desgracia, y decirle que Amparo se ha marchado á España á denunciarle como traidor á su rey.

—Castigo merecido á sus infames manejos!

—Yo recogeré á la criatura; vos dispondreis el entierro de la madre, es necesario que sea en una iglesia para que se ignore en el registro de los cementerios.

—Está bien; me ocurre un templo humilde.

—Cuál?

—El de la Enseñanza.

—Id, podeis disponer del dinero que fuese necesario; pagad bien el secreto.

III.

Don Félix se dirigió al convento y llamó resuelto á la portería.

Al abrirse las hojas de aquella puerta sagrada, el capitán vió en el fondo del salón á Rosalía, y dió un grito de sorpresa.

Rosalía levantó la vista y se encontró con la mirada de su amante.

El ánimo de la mujer es mas fuerte siempre que el de los hombres; así es que la jóven se levantó con el mayor disimulo y se internó en el claustro.

—Qué se le ofrece al señor caballero? dijo la madre tornera.

—Se trata, señora, de que hagais un gran favor.

—Diga el caballero.

—Voy al grano: acaba de morir una señora, que se distinguió en su vida por su piedad cristiana.

—En Dios haya, hermano!

—El cementerio aunque es un lugar sagrado, no lo es tanto como el suelo del templo.

—Comprendo, señor capitán; pero ese es negocio que debeis tratar con la abadesa.

—Esa es una nueva dificultad.

—No lo será si os doy un consejo.

—Hablad.

—Si ofreceis una gran cantidad, estad seguro que accederá á vuestro empeño.

—No hemos de parar por esa friolera, y en prueba de ello, tomad esa onza carolina, es para misas.

—Gracias, hermanito, dijo la monja tornera y desapareció la onza con una rapidez admirable.

—Y decidme, madre tornera, qué tal os va con las novicias?

- Muy bien, todas son dóciles y cariñosas.
 —Y Rosalía se porta bien?
 —La conocéis acaso, señor capitán?
 —Fuimos compañeros de la niñez.
 —Es que hasta ahora nadie ha venido á verla; por el contrario, se ha prohibido-----
 —Vaya, madre, otra onza para oraciones.
 —Gracias, gracias; pues decia que á esa jóven-----
 —No andemos con rodeos, necesito hablar á Rosalía.
 —Jesus, María y José, exclamó la monja santiguándose.
 —No hay que asustarse, aun es novicia esa jóven.
 —Sí, pero----- en fin----- venid mañana á las oraciones; pero un solo instante y sin darle la mano, ni verla así----- de esa manera con que ven los mundanos.
 —Os juro estar ciego y manco, y cuanto mas exijais de mí.
 —Convenido; llega la abadesa.
 Don Félix entregó una suma á la superiora del convento como un legado, y en la noche fué sepultada Amparo en el coro bajo del convento de la Enseñanza.

IV.

Don Félix estuvo puntual á la cita.
 El cariño inmenso que se profesaban los amantes, los llevó como era natural al borde de un abismo, toda vez que no podían libremente contraer un enlace, por estar acusada Rosalía ante el Tribunal del Santo Oficio.
 Era necesario huir, sí, huir del convento, huir de la sociedad entera, esconderse en un rincon del mundo para evitar la persecucion.
 Cuando se ama, todos los obstáculos desaparecen, todas las dificultades se vencen; los jóvenes amantes aceptaron la situa-

cion, Rosalía abandonó el convento y don Félix abjuró de su bandera.

En aquellos tiempos todo pasaba en una gran reserva para evitar el escándalo, así que en el convento de la Enseñanza se buscó á la novicia, no se la encontró y hubo prohibicion de volver á tratar del asunto.

Libráronse requisitorias para la aprehension del capitán, todo en el mayor sigilo: al principio se murmuró en el cuartel; pero despues se fué olvidando insensiblemente la memoria de don Félix en el regimiento.

Solo en la Inquisicion no pudo pasar desapercibido aquel crimen de violacion de asilo religioso, y el nombre de los culpables se puso en el registro de los reos prófugos, y se reencargaron á las autoridades eclesiásticas y civiles.

El capitán anduvo oculto mucho tiempo huyendo de sus perseguidores, mudó de nombre para la sociedad, conservándolo para la intimidad de familia.

Rosalía, queriendo salir de una existencia que le parecia de crimen, propuso á don Félix el matrimonio, y lo celebraron bajo nombres supuestos.

La jóven quedó perfectamente tranquila y el capitán se entregó al amor apasionado de aquella mujer sublime.

El fruto de aquel cariño era la tierna criatura, adoracion de sus padres, y que dividia con ellos el amargo cáliz de su destino.

Habian trascurrido algunos años y una sorda persecucion los atormentaba; acaso lo mismo horrible de su situacion mantenía viva la llama de aquel amor que sobrevivía á tantas vicisitudes.

El amor es la abnegacion, el heroismo, la virtud, Dios ha puesto ese gérmen sagrado como el depósito de la divinidad en el sér humano!----- Dios ha querido que la criatura llegue á él por el amor!

V.

Por aquellos tiempos un grupo de padres misioneros recorría las comarcas predicando el Evangelio.

La multitud seguía á la cruzada católica, y los frailes llevaban por doquier la propaganda religiosa.

Era costumbre dejar plantada una cruz como una memoria de las *misiones*.

Una turba de campesinos, precedidos por los misioneros, llevaban la cruz para fijarla á orillas del río de San Miguel.

Dos misioneros se habían adelantado buscando en la ribera un lugar á propósito para su recuerdo.

Bajaban en silencio á las márgenes, cuando oyeron un canto particular que llamó profundamente su atención.

Una mujer que estaba lavando á orillas del río, cantaba *maitines* con la maestría de una monja de coro.

Acercáronse los frailes hácia el lugar por donde se escuchaba la voz, y vieron á una jóven que tenía á su lado á un chiquillo que jugaba con las piedrecillas de la ribera.

—Oís, reverendo padre? dijo uno de los misioneros.

—Sí, es el canto de *maitines*.

—En este lugar, y por una mujer como esa ----

—Sí, es altamente sospechoso.

—Recordad, reverendo padre, que hace algunos años una novicia huyó del convento de la Enseñanza.

—Si fuese ella?

—Es necesario de todas maneras averiguar.

—Detened la procesion y volved para hacer lo que conviene.

El misionero se alejó precipitadamente hasta encontrar á sus compañeros, les habló con reserva y la multitud se detuvo.

El fraile volvió donde le esperaba su compañero.

Acercáronse con pasos silenciosos como los del tigre y se echaron de improviso sobre su presa.

La joven, aterrada, no pudo dar un solo grito y se dejó conducir por los misioneros.

Cuando volvió en sí de la sorpresa y el espanto, comenzó á gritar con desesperacion:

—Hijo mio!---- hijo mio!----

Nadie la escuchaba. Gabriel entretenido en su juego de arrojarse piedras sobre las olas, se había separado de Rosalía y no vió cuando los misioneros arrebataron de las márgenes á su buena madre.

El niño tornó al sitio donde la había dejado, el cual estaba marcado por la ropa que yacía esparcida por el suelo.

Entonces la criatura comenzó á llorar con desesperacion.

El capitán don Félix oyó los clamores de su hijo, y saliendo de la casa, bajó precipitadamente á la ribera.

—Gabriel!---- Gabriel!----

—Papá! papá! respondió el niño; se han llevado á mamá.

Si una víbora hubiera mordido á aquel hombre, le hubiera causado ménos impresion que las palabras del niño.

Lanzóse como un loco buscando á Rosalía en todas direcciones, llevando en sus brazos á Gabriel.

Internóse á lo largo del río, buscó en los sitios mas escondidos, nada! todo silencio!

Gritó, lloró, se desesperó, quiso estrellar su cráneo sobre las rocas del río; pero la presencia de su hijo le contuvo.

Tornó á su casa cuando ya era entrada la noche y se detuvo frente á la cruz plantada por los misioneros.

El hombre mas incrédulo acude al cielo en el último extremo de sus angustias.

Púsose aquel hombre de rodillas delante del sagrado símbolo, inclinó su frente hasta tocarla con el polvo y oró con el fervor de la tribulacion.

Cuando concluyó su oración, se levantó, un sacerdote estaba á su lado.

—Qué teneis, caballero?

—Que el cielo se desploma sobre mi cabeza!

—Dadme á vuestro hijo, os ayudaré á llevarle.

El niño por una oculta simpatía se acercó al sacerdote, que lo tomó en sus brazos.

—Señor, no vais á poder, vuestro brazo está tremulo.

—No importa, me sobra vigor.

—Para confiaros mi secreto necesito saber vuestro nombre; perdonad, me hallo proscrito, perseguido, y la madre de este niño, mi esposa, acaba de desaparecer; tened compasion de mí!

—Tormenta horrible sobre el mezquino corazon humano!.....

—Sí, tempestad del destino sobre mi alma atribulada.... Dios y los hombres me han abandonado!

—Y quién sois vos, miserable criatura, para acusar á la Divinidad?----- No sabeis que el hombre ha nacido para el sufrimiento y las vicisitudes?

—Sí, yo acepto los padecimientos; pero mi hijo, mi hijo, señor?

—Dios que envia á nuestra alma el rayo de su castigo, tiene una sonrisa para la inocencia, tened fe y no dudeis.

—Yo necesito buscar á esa mujer.

—Sea, yo le ofrezco un albergue á este niño en mi casa; llevadlo al pueblo de Dolores, llevadlo, allí le tendreis seguro mientras seguís en vuestras pesquisas.

—Gracias, señor, dadme á besar vuestra mano.

El sacerdote tendió su mano á don Félix.

El capitán la besó con respeto y dijo con voz apagada:

—Por quién preguntó en el pueblo de Dolores?

—Preguntad por el cura Miguel Hidalgo y Costilla.

CAPITULO IX.

LA CONJURACION.

I.

El cura Hidalgo llegó á Querétaro la tarde del 11 de Setiembre y se dirigió á la casa del corregidor.

Don Miguel Dominguez era un magistrado apreciable por sus conocimientos é integridad; habia desempeñado empleos de categoría en el vireinato y tenia marcada propension á favorecer al pueblo.

Era esposo de esa mujer sublime, esa heroína, cuyo nombre aparece en las páginas de nuestra historia: doña María Josefa Ortiz.

El corregidor salió al encuentro de su huésped.

—Señor cura, mucho os dais á desear.

—No es con mi voluntad, señor Dominguez, los asuntos de mi *colonia* me traen tan ocupado que apenas me dejan tiempo para otros negocios.

—Sentaos, señor Hidalgo.